

Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 9

INSTRUCCIÓN PASTORAL

ACTUALIDAD DE LA MISIÓN *AD GENTES* EN ESPAÑA



Tema 2

DIMENSIÓN TEOLÓGICA DE LA MISIÓN



OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

PRESENTACIÓN

La misión tiene raíces profundas en la vida y el amor de la Trinidad. La Iglesia es continuadora de la misma misión de Cristo, que nos los reveló, y por eso tiene las mismas razones para seguir evangelizando que las que impulsaron a Jesús a dar su vida por la salvación de todos los hombres.

No se trata de una actividad estratégica o de adoctrinamiento, sino que responde a la acción del Espíritu Santo en la Iglesia y en el mundo. Por ello, la misión no depende de la voluntad de la Iglesia, sino que la fidelidad de la Iglesia a sí misma consiste en llevar a cabo la misión siempre y en todo lugar, adaptándose a las circunstancias, pero sin dejar de lado lo esencial.

La dejadez que a veces sufre la animación misionera de las comunidades cristianas no tiene, en última instancia, otro motivo que el olvido de estas razones fundamentales que dan sentido e impulso a la misma. En consecuencia, es siempre necesario recordar la dimensión teológica de la misión, y nunca se puede dar por descontado que esta se conoce tanto en su contenido, como en sus implicaciones más importantes o de mayor actualidad.

La instrucción hace, por este motivo, una rápida síntesis de aquellas expresiones teológicas que fundamentan la misión y que deben ser siempre recordadas para que ni la animación misionera ni la misión de la Iglesia languidezcan por falta de sustento.

El “Desarrollo expositivo” de este tema ofrece el texto íntegro del capítulo II (nn. 20-28) del documento de la Asamblea Plenaria de la CEE.

Desde la realidad

1. ¿Cuál es la motivación que más me impulsa a implicarme en la misión de la Iglesia?
2. ¿Cuál me parece que es más convincente para los demás?
3. ¿Creo que los cristianos de nuestras comunidades conocen suficientemente las motivaciones teológicas de la misión?

I. Capítulo II: "Dimensión teológica de la misión" (nn. 20-28)

20. La Iglesia contempla a la humanidad con la mirada de Dios. Se siente enviada, en su nombre, a recorrer los caminos del mundo para ofrecer la reconciliación y la alianza acontecidas en Pascua y Pentecostés. Bajo el dinamismo de la acción del Hijo y del Espíritu, la Iglesia existe a favor de la humanidad entera, en medio de los dramas que acompañan a esta a lo largo de los siglos.

También hoy la situación de la humanidad en sus logros y conquistas continúa siendo confusa y, a veces, equívoca y hasta indescifrable. Este es el escenario en el que se mueve la misión de la Iglesia en cuanto enviada por Dios.

1. "DIMENSIÓN TRINITARIA DE LA MISIÓN"

21. Pío XII nos mostraba que el don de la fe debe traducirse en la acción misionera, como respuesta agradecida al don de Dios.

El Vaticano II ofreció el marco trinitario dentro del cual se expresa con claridad la mutua implicación de Iglesia y misión dentro de un proyecto salvífico que es universal. Tanto *Lumen gentium* como *Ad gentes* hacen radicar el misterio de la Iglesia en el amor originario del Padre que envía al Hijo y al Espíritu para ofrecer a la humanidad entera y a la realidad en su conjunto la comunión de su amor, en la cual se encuentran la felicidad del ser humano, la reconciliación de la familia humana y la superación de todo egoísmo y toda violencia. La misión de la Iglesia no es más que el servicio a la misión de Dios realizada en la historia por el Hijo y el Espíritu. La evangelización emerge así como la categoría fundamental de la naturaleza de la Iglesia, lo que permite decir que la Iglesia es esencialmente misionera. Las circunstancias de la historia humana y la situación de la Iglesia harán que la misión se realice de modos distintos, pero siempre como concreción de la misión que arranca del corazón de la Trinidad.



22. Benedicto XVI nos recordaba, en su primera encíclica, que debemos vivir nuestra existencia cristiana desde la primacía y la prioridad del amor de Dios: como Dios es amor y nos ha amado primero, el amor no es ya un mandato, sino una respuesta al don del amor que nos ha sido regalado. Ese amor, añadía, no puede conservarse de modo egoísta en el seno de la Iglesia, sino que está llamado por su dinamismo a rebasar sus propias fronteras, porque el mandato misionero del Señor tiene su fuente en el amor eterno de la Santísima Trinidad: la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre. Y

el fin último de la misión no es otro que hacer participar a los hombres en la comunión que existe entre el Padre y el Hijo en su Espíritu de amor.

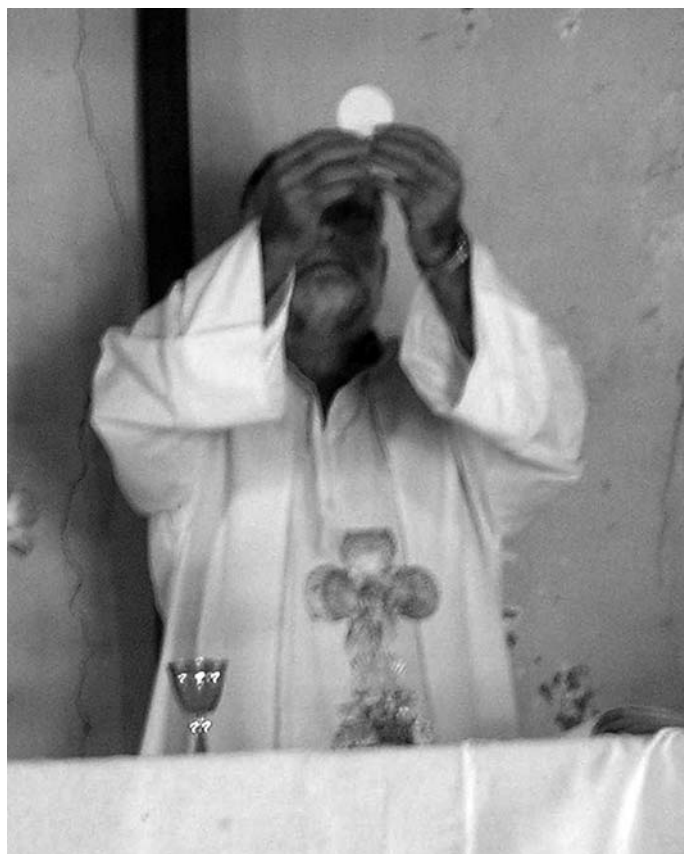
2. “DIMENSIÓN CRISTOLÓGICA DE LA MISIÓN”

23. Jesús, el primer misionero, enviado por el Padre, ungido por el Espíritu Santo, realizó su ministerio en la tierra entregado al anuncio del Evangelio del Reino, para que los hombres reconocieran el amor del Padre y vivieran la conversión como experiencia de filiación y de fraternidad. Su filiación eterna se hace carne en la historia y la realiza como entrega constante en favor de los otros, de los más necesitados y menesterosos, participando de los dramas de la historia humana.

Entregando su vida al Padre como sacrificio, vence toda violencia fruto del pecado de los hombres. Como víctima inocente, estableció la reconciliación de la Alianza definitiva, y en su Resurrección se hizo fuente de salvación para la humanidad entera. Presente en el Espíritu, alienta a su Cuerpo hasta la recapitulación que tendrá lugar en la Parusía.

La fuente de la misión es, pues, la realidad profunda de Dios Amor que llega a la humanidad. Leemos en la declaración *Dominus Iesus* (n. 15): “En este sentido se puede y se debe decir que Jesucristo tiene, para el género humano y su historia, un significado y un valor singular y único, sólo de Él propio, exclusivo, universal y absoluto. Jesús es, en efecto, el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos. Recogiendo esta conciencia de fe, el Concilio Vaticano II enseña que: «El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, ‘punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización’, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones. Él es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y muertos» (*Gaudium et spes*, 45)”.

24. Su vida y mensaje tienen como objeto ser una epifanía personal del misterio de Dios Amor. Sus gestos y palabras son manifestación del rostro de Dios. Él mismo se manifiesta como el Camino para llegar a la Verdad y la Vida. Sólo Jesús, como Hijo unigénito del Padre, conoce y ha visto a Dios, y lo que ha visto



nos lo ha dado a conocer. Así su vida se transforma en “misión” que consagra todo su ser por el Espíritu enviado por el Padre. Y esta vida misionera es esencialmente trinitaria.

3. “DIMENSIÓN PNEUMATOLÓGICA DE LA MISIÓN”

25. El Espíritu, también presente en la creación desde sus orígenes, fue el autor principal del misterio de la encarnación en el seno virginal de María hecho “por obra del Espíritu Santo”, y acompaña a Jesús, ungiéndolo en el bautismo para la misión y la entrega de su vida en la cruz. En la fuerza del Espíritu es resucitado y en su gloria se hace presente como fuente permanente de salvación. Jesús se presenta como el ungido y enviado por el Espíritu, armonizando tres de los aspectos de la misión del profeta: ha sido enviado; con la fuerza y la unción del Espíritu; para anunciar la Buena Nueva a los pobres. Esta misma misión es la que Cristo comunica a los apóstoles, que son enviados con la fuerza del Espíritu para anunciar el Evangelio.

“Este Espíritu es el mismo que se ha hecho presente en la encarnación, en la vida, muerte y resurrección de Jesús y que actúa en la Iglesia”. Por eso, “todo lo que el Espíritu obra en los hombres y en la historia de los pueblos, así como en las culturas y religiones, tiene un

papel de preparación evangélica”. Es el mismo Espíritu quien actúa armónicamente en la Iglesia y en la humanidad: “La acción universal del Espíritu no hay que separarla de la peculiar acción que despliega en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia” (RM 29).

26. En efecto, es el Espíritu quien en Pentecostés infunde en la Iglesia apostólica el coraje de la misión, para que mediante el anuncio del Evangelio reconcilie a los pueblos y se haga presente entre todas las razas y culturas. El Espíritu abre los caminos a la misión de la Iglesia y la empuja continuamente a superar todas las barreras y fronteras para establecer una humanidad restaurada conforme a los planes originarios del Padre, hasta que alcance la imagen perfecta del Hijo. En este encuentro, la Iglesia se siente movida por el amor universal de Dios, que nunca abandonó a ninguno de sus hijos, de cualquier época, raza o tradición religiosa. Por eso el cristiano se acerca con confianza al corazón de cada persona concreta, consciente de que el Espíritu llegó antes, y deseoso de acoger sus huellas y acompañarlas hasta la plenitud en Cristo.

4. “DIMENSIÓN ECLESIOLOGICA DE LA MISIÓN”

27. La Iglesia siente el gozo de la evangelización al comunicar y transmitir a todos los hombres el amor inagotable del Padre que se manifiesta en la historia, merced a las misiones del Hijo y del Espíritu. Nace de la convocación del Hijo y del aliento del Espíritu, y por

ello se descubre como esencialmente evangelizadora. Su vida se manifiesta en la actitud radical de servicio y de disponibilidad para dar testimonio de la comunión de Dios Uno y Trino. De ahí la convicción de que, como expresaba Pío XI, “la Iglesia no tiene otra razón de existir sino la de hacer partícipes a todos los hombres de la Redención salvadora” (*Rerum Ecclesiae*, 2).

Por eso, no existe a partir de sí misma y para sí. Su origen es trinitario y ahí radica la razón de su ser, el origen, el modelo y la meta de su misión. Está llamada a salir de sí misma en un movimiento incesante hacia el mundo, para ser signo, instrumento, presencia del amor y de la salvación de Dios, lo que se expresa en el anuncio de su misterio, en la celebración litúrgica y en el testimonio de amor ante el mundo. Existe para evangelizar y para anunciar la novedad cristiana a todos los hombres. La acción misionera de la Iglesia es, esencialmente, de carácter soteriológico. Todo lo que ella cree, celebra y vive debe realizarse en esta perspectiva salvadora.

28. Los miembros de la Iglesia, por tanto, deben asumir como propia esta prioridad que brota del manantial de la propia fe, acompañada de la esperanza y del amor, como ha recordado Benedicto XVI, refiriéndose al ejemplo de santa Josefina Bakhita: “Sentía el deber de extender la liberación que había recibido mediante el encuentro con el Dios de Jesucristo; que la debían recibir otros, el mayor número posible de personas. La esperanza que en ella había nacido y la había «redimido» no podía guardársela para sí sola; esta esperanza debía llegar a muchos, llegar a todos” (*Spe salvi*, 3).



Para la reflexión personal

La misión de la Iglesia se fundamenta en muchas y muy poderosas razones. De todas ellas:

- 1 ¿Cuáles me motivan más a mí para comprometerme con la misión?
- 2 ¿Cuáles creo yo que son las que más pueden ayudar a los demás a animarse a colaborar con la misión?

Para el trabajo en grupos

En muchas ocasiones se detecta en nuestras comunidades cristianas falta de conocimiento de las razones más profundas por las cuales la Iglesia es misionera y no puede relajarse en su actividad misionera.

- ¿Cómo comprendemos en el grupo que la misión parte de la Trinidad, y cómo se puede explicar esto a todos los bautizados?
- ¿Cómo entendemos la misión de Jesús y de qué modo la continúa la Iglesia?
- ¿Cuál es el papel del Espíritu Santo en la Iglesia para continuar la misión de Cristo?
- ¿Qué responsabilidad compete a la Iglesia para que la misión de Jesús se propague continuamente entre todas las gentes?
- ¿Cómo puede nuestra comunidad cristiana alimentarse de estas fuentes para ser más misionera?

EN UNA UNIVERSIDAD COMUNISTA

Este año acabo mis estudios en una Escuela Superior Comunista de China y podré enseñar en las escuelas de primaria y secundaria. Los comienzos fueron muy difíciles. Yo era una joven católica de las zonas rurales de China. Mis padres son agricultores y gente sencilla, pero gracias a Dios conseguí una beca y marché a estudiar a la provincia de Hebei. Era la primera vez que dejaba mi familia; sabía que me iba a costar, pero estaba decidida a no defraudarles.

También en la escuela me di cuenta enseguida de que mis compañeras me rechazaban, me despreciaban. ¿Cómo iba yo a aguantar así cinco años? Para complicar más las cosas, el primer día de clase, la encargada distribuye los cargos para el buen funcionamiento de la escuela y del internado, y a mí me toca ser la encargada de la limpieza. Nadie me hacía caso y cuando distribuía los turnos de limpieza todas se mofaban de mí, no cumplían con su obligación y yo tenía que callarme y hacerlo en su lugar para no crear problemas. Así pasaban los días y cada vez me sentía más sola y desgraciada. Llegué a arrepentirme de haberme ido a la ciudad. Un día, no pudiendo aguantar más, cogí el teléfono, llamé a mi padre y le dije que se viniera por mí, que no podía seguir allí.

Se presentó pensando que algo serio había ocurrido. Le conté todo lo que me pasaba y que no podía aguantar más. Lloré sin consuelo. Él me escuchó y al final me dijo: “Mei, nosotros somos diferentes, nosotros somos cristianos”. Aquellas palabras dieron un vuelco a mi corazón. Comencé a entender lo que significaba ser cristiana en un ambiente ateo y materialista. Mi padre me convenció para que siguiera estudiando, y desde entonces me sentí más fuerte. Había una joven estudiante de mi clase, de nombre Lianhua, muy presumida ella, que siempre se reía de mí y me recriminaba mis modales, mi forma de vestir y de ser. Yo, espoleada por las palabras de mi padre, no perdía el tiempo, estudiaba con ahínco e intentaba concentrarme, a pesar de todo lo que sufría. A los pocos

meses llegaron los exámenes. Para mi sorpresa, fui la primera de la clase y como por arte de magia todas comenzaron a ser amables conmigo. Esto me dio una alegría enorme y me sentí con más confianza. Comenzaron a escucharme y a seguir mis directrices en las cosas de la escuela. Alguna se hizo amiga mía y por lo menos me saludaban.

Fue el inicio de una nueva vida para mí. Todo iba mejor, se me respetaba y todas me preguntaban cosas que no habían entendido en clase. El que yo les ayudara, aunque antes se hubieran reído de mí, les impactó mucho. Tanto es así que un día la profesora encargada de nuestro grupo, un tanto extrañada por mi comportamiento con las compañeras de clase, me espetó a bocajarro: “¿Por qué eres buena con las que antes te despreciaban?”. Yo sabía que estaba en una escuela comunista y por tanto había que tener cuidado con lo que decía, pero ni corta ni perezosa le dije que yo era católica y que mi fe en Jesucristo me decía que tenía que hacer el bien a todos.

Tanto la chocó aquello que me invitó a que les hablara de mi fe en Jesús en horas de clase. Y así, en una escuela comunista, sucedió lo que aparentemente era imposible: a petición de una maestra también comunista, y durante dos horas, compartí con mi profesora y mis compañeras mi experiencia de Jesús. La segunda hora fue sobre cómo vivimos los cristianos. ¡Dos horas hablándoles de Jesús! Yo sentía que el Espíritu Santo me guiaba y me impulsaba a hablar, y no desaproveché la oportunidad. Al acabar las charlas sonó el timbre, pero ellas seguían haciéndome preguntas.

El resultado fue que al domingo siguiente, un buen grupo de mis compañeras de clase me pidieron ir conmigo a la iglesia. Una cierta mezcla de curiosidad e interés les llevó a participar en una clase de catequesis que el sacerdote dio en la iglesia parroquial de la ciudad. Quedaron contentas y yo también.

ORACIÓN

ORACIÓN DE UN MISIONERO MÁRTIR

*¡Oh, mi Divino Salvador!,
haz, por tu omnipotencia y tu infinita misericordia,
que yo cambie y me transforme totalmente en Ti.
Que mis manos sean las manos de Jesús,
que mis ojos sean los ojos de Jesús,
que mi lengua sea la lengua de Jesús;
que todos mis sentidos y todo mi cuerpo
sólo sirvan para glorificarte;
pero, sobre todo, transforma mi alma y todas sus potencias:
que mi memoria, que mi inteligencia, que mi corazón,
sean la memoria, la inteligencia y el corazón de Jesús;
que mis actos, mis sentimientos
sean semejantes a tus actos, a tus sentimientos;
y que, como tu Padre decía de Ti:
"Yo te he engendrado hoy",
puedas Tú decir lo mismo de mí y agregar también con tu Padre celestial:
"He ahí a mi hijo bien amado, objeto de mis complacencias".*

Amén.

————— *San Juan Gabriel Perboyre (1802-1840)* —————